

Las arrugas de su cara iban desde los pómulos hasta las orejas y formaban profundos surcos, como ocurre á todas las gentes ocupadas constantemente en los intereses materiales. Sus cejas, levantadas hacia las sienas, denotaban su hábito de tomar decisiones prontas. Aunque seria y apretada, la boca anunciaba una bondad oculta, un alma excelente, sofocada por los negocios, y ahogada acaso, pero que podía renacer al contacto de una mujer. Al ver esta aparición, el corazón de Verónica se contrajo violentamente, una nube negra cubrió su ojos y creyó haber gritado; pero había permanecido muda y con los ojos inmóviles.

—Verónica, aquí tienes al señor Graslin, — le dijo entonces el anciano Sauviat.

Verónica se levantó, saludó, se dejó caer otra vez en la silla, y miró á su madre que sonreía al millonario, y que, lo mismo que Sauviat, parecía tan feliz, pero tan feliz, que la pobre niña sacó las fuerzas necesarias para ocultar su sorpresa y su violenta repulsión. En la conversación que tuvo lugar, se trató de la salud de Graslin. El banquero se miró con sencillez al espejo de superficie ondulada y de marco de ébano y dijo:

—Yo no soy guapo, señorita.

Y le explicó la rubicundez de su rostro, motivada por su agitada vida; contó que desobedecía las órdenes del médico, y manifestó sus esperanzas de cambiar de cara tan pronto como una mujer dirigiese su casa y se cuidase de él más de lo que lo hacía él mismo.

—Paisano, ¿se casa acaso nadie con un hombre por su cara?—dijo el tratante en hierros viejos dando á su compatriota un enorme golpe en el muslo.

La explicación de Graslin tenía sin duda por objeto halagar esos sentimientos de vanidad que existen, más ó menos, en el corazón de las mujeres. Verónica pensó que ella también tenía su rostro destruido por una horrible enfermedad, y su modestia cristiana le hizo modificar su primera impresión. Como Graslin y Sauviat hubiesen oído un silbido en la calle, se apresuraron á bajar. Pocos instantes después, subieron juntos. El criado del banquero había traído, por encargo de éste, un primer ramillete de flores, que se había hecho esperar. Cuando Graslin mostró aquel montón de exóticas flores,

cuyos perfumes invadieron la habitación, y cuando se las ofreció á su futura, Verónica experimentó emociones muy contrarias á las que le había causado en un principio el banquero: pareció haber sido trasladada de pronto á un mundo ideal y fantástico de una naturaleza tropical. Nunca había visto camelias blancas, nunca había oído el citiso de los Alpes, la cidronela, el jazmín de las Azores, la rosa almizclada, todos esos olores divinos que son como el excitante de la ternura, y que cantan al corazón himnos de perfumes. Graslin dejó á Verónica presa de esta emoción. Desde este día, cuando todo el mundo dormía en Limoges, Graslin se deslizaba á lo largo de las paredes y se iba á casa del padre Sauviat. Llamaba suavemente á la puerta, el perro no ladraba, el anciano bajaba, abría á su paisano, y Graslin pasaba una hora ó dos en el piso superior en compañía de Verónica. Allí, Graslin encontró siempre su cena condimentada al estilo de su país, y servida por la madre Sauviat. Este singular enamorado no visitó nunca á Verónica sin que le llevase algún ramillete compuesto de las flores más raras, cogidas en el invernadero del señor Grossetete, única persona de Limoges que conocía el secreto de este casamiento. El ayudante de caja iba todas las noches á buscar el ramillete, que hacía Grossetete en persona. En dos meses, Graslin visitó á su prometida unas cincuenta veces; todas ellas le llevó algún rico regalo: anillos, un reloj, una cadena de oro, un neceser, etc. Estas increíbles prodigalidades quedan explicadas con una palabra: la dote de Verónica se componía de casi toda la fortuna de su padre, que ascendía á setecientos cincuenta mil francos. El anciano guardaba sesenta mil francos en papel del Estado, que habla adquirido por mediación de su colega Brezac, el cual se los guardó honradamente cuando Sauviat estuvo prisionero, y le quitó de la cabeza la idea de desprenderse de ellos en las varias ocasiones en que el buhonero quiso venderlos. Estos sesenta mil francos en papel constituían la mitad de la fortuna de Sauviat en el momento en que estuvo á punto de perecer en el patíbulo. Brezac fué en aquella ocasión el fiel depositario del resto de la fortuna, que consistía en setecientos luises de oro, suma enorme con la que el auverniés pros-

guió su comercio tan pronto como recobró la libertad. En treinta años estos luises se habían cambiado en sendos billetes de mil francos, si bien es verdad que contribuyó á esto la renta del papel, la herencia Champagnac, los beneficios acumulados del comercio y los intereses compuestos que obtenía su fortuna en la casa Brezac. Este era para Sauviat un amigo probó, como lo son casi siempre los auverñeses entre sí. Con esta fortuna se comprenderá que Sauviat, cuando veía el palacio Graslin, se dijese: «¡Verónica habitará este palacio!» Sabía que ninguna muchacha de Limoges tenía setecientos cincuenta mil francos de dote y doscientos cincuenta mil como herencia de sus padres. Graslin, el yerno elegido por él, tenía, pues, que casarse seguramente con Verónica. Ésta recibió todas las noches un ramillete, que al día siguiente adornaba su saloncito, y que ella procuraba ocultar á sus vecinos. Admiró aquellas deliciosas alhajas, aquellas perlas, aquellos diamantes, aquellos brazaletes, aquellos rubies, que agradan á todas las hijas de Eva; adornada de aquel modo se encontraba menos fea. Vió á su madre feliz con aquel casamiento, y lo aceptó; por otra parte, ignoraba los deberes y el fin del matrimonio, sin contar con que oyó la solemne voz del vicario de San Esteban, que le alabó mucho á Graslin, presentándolo como hombre honrado, y como esposo que había de proporcionarle vida tranquila y sosegada. Con todo esto, Verónica consintió en unirse al señor Graslin. Cuando en una vida recogida y solitaria como la que hacía Verónica, existe una persona única que hace visitas cotidianas, esta persona no puede sernos indiferente: ó se le odia, y la aversión justificada por el conocimiento profundo del carácter nos lo hace insoportable, ó la costumbre de verle contribuye á que nuestros ojos no perciban sus defectos corporales. El espíritu busca compensaciones. Aquella fisonomía es objeto de nuestra curiosidad, sus facciones se animan y vemos brotar de ellas fugitivos destellos de belleza. Después acabamos por descubrir el interior velado por la forma externa. Finalmente, una vez vencidas las primeras impresiones, la adhesión y el cariño son tanto más fuertes cuanto más se obstina el alma en creer que las bellas cualidades ocultas de aquel ser han

sido únicamente descubiertas por ella. Se acaba por amarla. Esa es la razón que explica las pasiones que algunos seres hermosos sienten por otros seres feos en apariencia. El afecto hace caso omiso de la forma externa y sólo se fija en el alma de aquella criatura, que es lo que contribuye á hacérsela apreciable. Por otra parte, la belleza, tan necesaria á una mujer, tiene en el hombre manifestaciones tan raras, que sin duda existe tanto disentimiento entre las mujeres sobre la belleza del hombre, como entre los hombres sobre la belleza de las mujeres. Después de mil reflexiones, después de muchos debates consigo misma, Verónica dejó que se hiciesen las primeras amonestaciones. Desde entonces ya no se habló en Limoges más que de aquella increíble aventura. Nadie conocía el secreto, ó sea la enormidad de su dote. Si aquella dote hubiese sido conocida, Verónica habría podido elegir marido; ¡pero acaso hubiese sido engañada también por este medio! Todo el mundo creía que Graslin se había enamorado de ella. Para amueblar el hermoso palacio fueron llamados tapiceros de París. Todo Limoges hablaba de las prodigalidades del banquero: se calculaba el valor de las arañas, de los dorados del salón, de los relojes; se describían las jardinerías, las estufas, los objetos de lujo, las novedades. En el jardín del palacio Graslin había, encima de una nevera, una hermosa pajarera, y todos quedaron sorprendidos al ver en ella pájaros raros, faisanes de la China y patos de una raza desconocida; cosas todas que todo el mundo iba á admirar. El señor y la señora Grossetete, ancianos que gozaban de gran consideración en Limoges, hicieron varias visitas á Sauviat, acompañados de Graslin. La señora Grossetete, mujer respetable, felicitó á Verónica por su feliz enlace. De modo que la Iglesia, la familia, el mundo, todo, hasta las cosas más insignificantes, fueron cómplices de este matrimonio.

En el mes de abril, Graslin invitó oficialmente á todos sus conocidos. Un hermoso día de dicho mes, una calea y una berlina, aparejadas á la inglesa y con caballos limosinos, escogidos por el anciano Grossetete, llegaron á las once de la mañana ante la tienda del tratante en hierros viejos, y se detuvieron allí. Estos vehículos llevaban á los antiguos amos del novio y á sus dos depen-

dientes, cosa que llamó mucho la atención de todo el barrio. La calle se llenó de gente que acudía á ver á la hija de los Sauviat, á quien el peluquero más renombrado de Limoges había puesto sobre sus cabellos la corona de las casadas y un velo de encaje de Inglaterra de mucho precio. Verónica iba vestida con mucha sencillez con un traje de muselina blanca. Una multitud bastante imponente, compuesta de las mujeres más distinguidas de la villa, esperaba á los novios en la catedral, en donde el obispo, que conocía la piedad de los Sauviat, se dignaba casar á Verónica. La mayor parte de la gente encontró fea á la novia. Ésta entró en su palacio, y allí marchó de sorpresa en sorpresa. Una gran comida debía preceder al baile, al que estaba invitado casi todo Limoges. La comida que se dió al obispo, al prefecto, al presidente de la audiencia, al procurador general, al alcalde, al general y á los antiguos amos de Graslin y á sus señoras, fué un triunfo para la recién casada, que, como todas las personas sencillas y naturales, dió muestras de inesperadas gracias. Como los recién casados no supiesen bailar, Verónica pudo hacer los honores de su casa, ganándose la estimación y las simpatías de la mayor parte de la gente con quien hizo conocimiento. Grossetete, que trabó gran amistad con ella, le fué dando los informes que ella le iba pidiendo de los invitados. De este modo no cometió ninguna imprudencia, y supo halagar á todos. Durante la fiesta fué cuando los dos antiguos banqueros anunciaron la fortuna que habia dado como dote á su hija el anciano Sauviat. A las nueve de la noche el tratante en hierros se habia ido á dormir á su casa, dejando á su mujer para que acompañase á su hija al tálamo nupcial. Respecto al físico de la novia, todo el pueblo decía que era fea, pero bien formada.

Después de esto, el anciano Sauviat liquidó sus negocios y vendió su casa al ayuntamiento. Compró una casa de campo, situada en la orilla izquierda del río Vienne, entre Limoges y Cluzeau, á diez minutos del arrabal San Marcial, con objeto de terminar allí tranquilamente sus días en compañía de su mujer. Los dos ancianos tuvieron siempre un puesto en la mesa del palacio Graslin; pero sólo comían una ó dos veces á la

semana con su hija, que, á su vez, tomaba la casa de sus padres como objeto de sus paseos. Este reposo estuvo á punto de costar la vida al antiguo tratante en hierros. Felizmente, Graslin encontró un medio de ocupar á su suegro. En 1823 el banquero se vió obligado á tomar por su cuenta una fábrica de objetos de porcelana, á cuyos propietarios habia adelantado grandes sumas, que no habia medio de cobrar á no ser haciéndose cargo de su establecimiento. Gracias á sus relaciones é invirtiendo en ello un capital, Graslin consiguió que aquella fábrica llegase á ser una de las primeras de Limoges, vendiéndola tres años después á elevado precio. Mientras la tuvo por su cuenta, encargó de su vigilancia á su suegro, el cual, á pesar de sus setenta y dos años, contribuyó mucho á la prosperidad del negocio y se rejuveneció á la par. Graslin pudo entonces ocuparse únicamente de sus antiguos negocios, sin cuidarse para nada de una fabricación á la que, sin la apasionada actividad del anciano Sauviat, hubiese tenido que asociar á alguno de sus dependientes, perdiendo así parte de los beneficios que obtuvo al mismo tiempo que salvó su capital comprometido. Sauviat murió en 1827, y su muerte fué causada por un accidente. Dirigiendo el inventario de la fábrica, tropezó y cayó dentro de una caja de las que se usaban para embalar los objetos de porcelana; se hizo una pequeña herida en la pierna, y no se cuidó; la gangrena se apoderó de él, y, habiéndose negado á que le cortasen la pierna, murió. La viuda hizo entrega á su hija de los doscientos cincuenta mil francos á que ascendía próximamente la herencia de Sauviat, contentándose con una renta de doscientos francos mensuales, que bastaban para cubrir sus necesidades, y que su yerno se comprometió á entregarle. Conservó su casita de campo, en donde vivió sola y sin criada, sin que su hija hubiese podido lograr hacerla desistir de aquella decisión, mantenida con la obstinación propia de todos los ancianos. No obstante, la madre Sauviat iba casi todos los días á ver á su hija, y ésta continuó tomando como final de sus paseos la casita de campo que ofrecía una encantadora vista del Vienne. Desde allí se veía aquella isla que tanto gustaba á Verónica, y de la cual habia hecho ella su isla de Francia.

Para no interrumpir con estos incidentes la historia del matrimonio Graslin, ha sido preciso terminar la de los Sauviat, anticipando estas noticias, útiles, sin embargo, para la explicación de la vida retirada que hizo la señora Graslin. Su anciana madre, habiendo observado lo mucho que la avaricia de Graslin podía perjudicar á su hija, se negó durante mucho tiempo á desprenderse del resto de su fortuna; pero Verónica, incapaz de prever ninguno de los casos en que las mujeres desean disponer de sus bienes, insistió con razonamientos llenos de nobleza, pues quería de aquel modo demostrar su agradecimiento á Graslin, que le había concedido toda su libertad de soltera.

El inusitado esplendor con que se llevó á cabo el matrimonio Graslin había contrariado todas las costumbres y carácter de éste. El gran banquero era sumamente mezquino. Verónica no había podido juzgar al hombre que había de ser el compañero de su vida. Durante sus cincuenta y cinco visitas, Graslin sólo se había mostrado como trabajador intrépido que concebía, adivinaba y sostenía empresas, y analizaba los asuntos públicos para aprovecharse de ellos con negocios de banca. Fascinado por el millón del suegro, el advenedizo se mostró generoso por cálculo; pero hizo las cosas demasiado á lo grande, se dejó arrastrar por la primavera del matrimonio y por lo que él llamaba su locura, por aquella casa que aun hoy recibe la denominación de palacio de Graslin. Después de haberse provisto de caballos, de una calesa y de una berlina, se sirvió de ellos para devolver sus visitas de boda y asistir á las comidas y bailes que, á título de felicitaciones, daban á los recién casados los altos empleados y las casas ricas. Arrastrado por este movimiento, que le sacaba de su esfera, Graslin dió banquetes en su casa é hizo venir un cocinero de París. Durante un año próximamente llevó, pues, el tren que debía llevar un hombre que poseía un millón seiscientos mil francos y que podía disponer de tres millones, suma á que ascendían los fondos que le tenían confiados. En esta época fué el personaje más importante de Limoges, y durante este año puso generosamente veinticinco piezas de veinte francos todos los meses en el bolsillo de la señora Graslin. La

gente distinguida de la villa se ocupó mucho de Verónica al principio de su casamiento, especie de maná para la curiosidad pública, que carece casi siempre de alimento en provincias. Verónica fué tanto más estudiada por cuanto que aparecía á los ojos de la sociedad como un fenómeno; pero ella permaneció en la actitud sencilla y modesta de una persona que observaba las costumbres, los usos y las cosas desconocidas, procurando conformarse con ellas. Proclamada ya fea, pero bien formada, fué juzgada como buena, pero estúpida. Aprendía tantas cosas, tenía tanto que escuchar y que ver, que su aspecto y sus discursos dieron á este juicio cierta apariencia de verdad. Por otra parte, mostraba á veces un embotamiento que podía muy bien confundirse con la falta de dotes intelectuales. El matrimonio, ese penoso estado, según decía ella, para el cual la Iglesia, el Código y su madre le habían recomendado la mayor resignación, la más perfecta obediencia, so pena de faltar á todas las leyes humanas y de causar irreparables desgracias, le había sumergido en un aturdimiento que llegó á convertirse, á veces, en vertiginoso delirio. Silenciosa y recogida, no sólo escuchaba á los demás, sino que también se escuchaba á sí propia. Al contemplarse, estaba asombrada de sí misma. La naturaleza se encabritó ante las órdenes del alma, y el cuerpo no dió oídos á la voluntad. La pobre criatura, cogida en el lazo, fué á llorar al seno de la madre de los pobres y de los afligidos, fué á cobijarse á la iglesia, redobló su fervor, rezó mucho, y dió cuenta de las emboscadas del demonio á su virtuoso director. Nunca, en ninguna época de su vida, cumplió con los deberes religiosos con tanto entusiasmo como entonces. La desesperación de no amar á su marido la empujaba con violencia hacia el pie de los altares, en donde voces divinas y consoladoras le recomendaban la paciencia. Siguiendo estos consejos, fué paciente y resignada, y esperó tranquila los goces de la maternidad. «¿Habéis visto esta mañana á la señora Graslin?—se preguntaban las mujeres;—al parecer no ha sido feliz en su enlace, pues estaba verde.—Sí, pero ¿hubiese dado usted su hija á un hombre como el señor Graslin? El casamiento con semejante hombre no podía quedar impune.» Desde

que Graslin se había casado; todas las madres que, desde diez años atrás, habían procurado conquistarle, se cebaban en él dirigiéndole epigramas. Verónica adelgazaba y se ponía realmente fea. Sus ojos perdieron la lucidez, sus facciones se hicieron vulgares, ella misma parecía avergonzada de su aspecto. Sus miradas ofrecían aquella triste fealdad tan reprochada á las devotas. Su fisonomía tomó un color grisáceo. Durante el primer año de su casamiento, que tan brillante suele ser de ordinario para todas las jóvenes, arrastró una vida lánguida. A causa de esto no tardó mucho en buscar distracción en la lectura, aprovechándose del privilegio que tienen las mujeres casadas para poder leerlo todo. Leyó las novelas de Walter Scott, los poemas de lord Byron, las obras de Schiller y de Goethe, en una palabra, toda la literatura antigua y la moderna. Aprendió á montar á caballo, á bailar y á pintar. Hizo acuarelas y trabajos á pluma, buscando con ardor todos los recursos de que las mujeres suelen echar mano para librarse del aburrimiento de la soledad. En una palabra, que se dió esa segunda educación que casi todas las mujeres reciben del marido, y que ella se proporcionó por sí sola. La superioridad de una naturaleza franca, libre, que había brotado en un desierto, pero que estaba fortificada por la religión, le había impreso una especie de grandeza salvaje y exigencias que no podía satisfacer de ningún modo el mundo de provincias. Todos los libros le pintaban el amor, y ella buscaba en vano la aplicación práctica de sus lecturas, pues no encontraba aquella pasión en ninguna parte. El amor permanecía en su corazón en el mismo estado en que permanecen esos gérmenes que sólo esperan el calor de los rayos solares. Su profunda melancolía, engendrada por constantes é íntimas meditaciones, la arrastró por senderos oscuros á pensar en los brillantes sueños de sus últimos días de soltera. Más de una vez debió contemplar sus antiguos poemas novelescos, imaginándose que se movía en el teatro de ellos y que era á la vez su protagonista. Volvió á soñar con aquella isla bañada de luz, floreciente, perfumada, en donde todo acariciaba el alma. Sus pálidos ojos contemplaron frecuentemente los salones con una curiosidad penetrante: los hombres se parecían

todos á Graslin, y estudiaba y parecía interrogar á sus mujeres; pero al no ver ninguno de sus dolores íntimos impresos en los rostros de las demás, se ponía triste y sombría, y el estado de su ánimo la inquietaba. Los autores que había leído por la mañana respondían á sus más elevados sentimientos, su ingenio le complacía; por la noche oía con disgusto trivialidades que ni siquiera estaban disfrazadas bajo una forma ingeniosa, conversaciones estúpidas, vacías, ó llenas de intereses locales y personales, pero sin importancia para ella. Se asombraba al ver el calor que desplegaban en las discusiones, cuyo objeto no eran los sentimientos puros del espíritu, que eran para ella como el alma de la vida. En muchas ocasiones se la vió con los ojos fijos, como atontada, pensando sin duda en las horas de su inocente juventud, pasadas en aquel cuarto lleno de armonías, destruidas ya como ella. Sintió una horrible repugnancia y temor de caer en aquel abismo de pequeñeces en que se movían las mujeres que se veía obligada á tratar. Este desdén, reflejado en su frente y en sus labios, y mal disimulado, fué juzgado como insolencia propia de una advenediza. La señora Graslin observó en todos los rostros cierta frialdad y sintió en todas las conversaciones una acritud cuyas causas le fueron desconocidas, pues aun no había podido hacerse con ninguna amiga bastante íntima para que pudiese ser instruida y aconsejada por ella; la injusticia, que subleva á las almas pequeñas, hace recapacitar á las almas grandes y les comunica una especie de humildad. Verónica se condenó, indagó sus culpas; quiso ser afable, y la tacharon de falsa; redobló su amabilidad, pero la acusaron de hipócrita, y su devoción daba más fuerza á la calumnia; hizo grandes gastos, dió comidas y bailes, pero fué tildada de orgullosa. Desgraciada en todas sus tentativas, mal juzgada, rechazada por el orgullo bajo y mezquino que distingue á la sociedad de provincias, en donde todo se vuelve envidias y pretensiones, la señora Graslin quedó sumida en la más profunda soledad. Entonces volvió á arrojarle con amor en brazos de la Iglesia. Su alma grande, provista de un cuerpo tan débil, le hizo ver en los múltiples mandatos del catolicismo otras tantas piedras colocadas al borde de los precipicios de la vida y otros

tantos tutores cedidos por almas caritativas para sostener á la debilidad humana durante el viaje; cumplió, pues, con gran rigor las más insignificantes prácticas religiosas. El partido liberal inscribió entonces á la señora Graslin entre el número de las devotas del pueblo, y su nombre fué colocado entre el de las reaccionarias. A las diferentes enemistades que Verónica se había creado inocentemente, el espíritu de partido unió sus exasperaciones periódicas; pero como ella no perdía nada con este ostracismo, abandonó la sociedad, y se entregó por completo á la lectura que le ofrecía infinitos recursos. Meditó sobre sus libros, comparó sus métodos, aumentó desmesuradamente el alcance de su inteligencia y la extensión de su instrucción, abriendo de este modo la puerta de su alma á la curiosidad. Durante esta época en que los obstinados estudios y la religión mantenían su espíritu, trabó amistad con el señor Grossetete, uno de esos ancianos cuya superioridad de dotes estaba enmohecida por la vida de pueblo, pero que, en contacto con una inteligencia clara, recobran algunas de sus dotes primitivas. El buen hombre se interesó vivamente por Verónica, la cual le recompensó su cariño desplegando para él, ante todo, los tesoros de su alma y las magnificencias de su talento tan secretamente cultivado y floreciente á la sazón. El fragmento de una carta, dirigida en este tiempo al señor Grossetete, dará una idea de la situación en que se encontraba esta mujer que había de dar algún día pruebas de un carácter tan firme y tan elevado.

«Las flores que me envió usted para el baile eran encantadoras, pero me han sugerido crueles reflexiones. Esos bonitos seres, cogidos por usted y destinados á morir adornando mi seno y mis cabellos en una fiesta, me han hecho pensar en los que nacen y mueren en sus bosques, sin haber sido vistos y sin que sus perfumes hayan sido respirados por nadie. Me he preguntado por qué bailaba, por qué me adornaba, lo mismo que pregunto á Dios por qué estoy en este mundo. Ya lo ve usted, amigo mío; todo son lazos tendidos al desgraciado y las cosas más insignificantes contribuyen á agravar su estado; pero lo peor de ciertos males es la persistencia que llega á convertirlos en idea fija.

«Usted ama las flores por ellas mismas; mientras que á mí me gustan como me gusta escuchar la música. Por eso, como le decía el otro día, ignoro el secreto de una multitud de cosas. Usted, viejo amigo mío, tiene una pasión, es horticultor. Cuando vuelva á ésta, comuníqueme sus aficiones, haga que vaya á mi invernadero, con pie ágil, como usted va al suyo á contemplar el desarrollo de las plantas, á desplegarse y á florecer con ellas, á admirar lo que ha creado, á ver los nuevos é inesperados colores que nacen y crecen ante sus ojos gracias á la virtud de sus cuidados. Siento un aburrimiento afectivo. Mi invernadero sólo contiene almas laceradas. Las miserias que yo procuro aliviar me entristecen el alma, y cuando las presencio, cuando, después de haber visto alguna mujer sin ropas para su recién nacido, ó algún anciano sin pan, me apresuro á cubrir sus necesidades, las emociones que me ha causado su angustia calmada no bastan á mi alma. ¡Ah! amigo mío, siento en mi interior fuerzas supremas y malhechoras acaso que con nada puedo humillar, y que los más imperiosos mandatos de la religión no logran abatir. Cuando voy á ver á mi madre y me encuentro sola en el campo, me dan deseos de gritar, y grito. Me parece que mi cuerpo es la prisión en que algún mal genio retiene á una criatura que gime y espera las misteriosas palabras que tienen que romper esta importuna forma. Pero la comparación no es exacta. En mí, ¿no es el cuerpo el que se aburre, si se me permite emplear esta expresión? ¿No está ocupada mi alma con la religión, y la lectura y sus riquezas no alimentan sin cesar mi espíritu? ¿Por qué anhelo un sufrimiento que había de romper la enervante paz de mi vida? Si algún sentimiento, si alguna afición no viene en mi ayuda, me siento arrastrada hacia un abismo en que todas las ideas se embotan, en que el carácter se aminora, en que los resortes se aflojan, en que las cualidades se doblegan, en que todas las fuerzas del alma se desparan, y en que llegaré á ser la criatura que la naturaleza ha querido que sea. Esto es lo que significan mis gritos. Que estos gritos no sean obstáculos para que continúe usted enviándome flores. Hace algunos

30907

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES

»meses que su grata y benévola amistad me ha reconciliado conmigo misma. Si; me considero feliz al saber que se ha dignado usted dirigir una mirada de amigo á mi alma desierta y floreciente á la par, y que encuentra una palabra de cariño para acoger á su vuelta á la >fugitiva casi quebrantada que ha montado el fogoso >caballo de la fantasía.»

Al expirar el tercer año de su matrimonio, Graslin, viendo que su mujer no se servía de los caballos, y habiendo encontrado un buen comprador, los vendió; vendió también los coches, despidió al cochera, cedió su cocinero al obispo, y lo reemplazó por una cocinera. Suspendió también la suma que tenía señalada á su mujer, diciéndole que se encargaría de pagar todas sus cuentas. Fué el marido más feliz del mundo, pues no encontró resistencia alguna á sus deseos en aquella mujer que le había aportado una fortuna de un millón. La abnegación de la señora Graslin, que había sido educada sin conocer el dinero y que no lo consideraba, por lo tanto, como elemento indispensable en la vida, no tenía mérito. Graslin encontró en el cajón de una mesa las sumas que había entregado á su mujer, menos el dinero de las limosnas y el empleado en los gastos de su tocador, gastos que no fueron muy dispendiosos á causa de las profusiones de la canastilla de boda. Graslin alabó á Verónica por todo Limoges, diciendo que era un modelo de esposas. Deploró el lujo de su mobiliario y lo hizo empacar todo. El dormitorio, el gabinete y el cuarto tocador de su mujer quedaron exceptuados de esas medidas conservadoras que no conservaron nada, pues los muebles se gastan lo mismo con fundas que sin ellas. Él continuó viviendo en el piso bajo de su casa, en donde estaban situadas las oficinas, reanudando de nuevo su antigua vida y su afán por los negocios. El auvernés se creía un excelente marido con asistir únicamente á la comida y al almuerzo preparados por su mujer; pero su inexactitud fué tan grande, que de los treinta días del mes, veinte llegaba cuando su mujer había empezado ya. De modo que por delicadeza le tenía advertido que no lo esperase. No obstante, Verónica esperaba la llegada de Graslin para servirle, queriendo al menos, por su parte, cumplir con los debe-

res de esposa. El banquero, que miraba con bastante indiferencia las cosas del matrimonio y que no vió en su mujer más que la suma de setecientos cincuenta mil francos que le había aportado, no se apercibió nunca de las repulsiones de Verónica. Insensiblemente, abandonó á la señora Graslin por los negocios. Cuando manifestó deseos de colocar una cama en el cuarto contiguo al de su mujer, ella se apresuró á darle gusto. Así es que tres años después de su enlace, estos dos seres mal avenidos volvieron á sus esferas primitivas, felices ambos de volver á ellas. El hombre de dinero, que poseía una fortuna de más de un millón ochocientos mil francos, volvió á entregarse con más ardor á los placeres del avaro que había abandonado momentáneamente; sus dos dependientes y el ayudante de caja tenían mejores habitaciones y estaban mejor alimentados; esto era la diferencia única entre el presente y el pasado. Su mujer tenía una cocinera y una camarera, que eran indispensables para el servicio, y de la caja del banquero sólo salía lo estrictamente necesario para el gasto de la casa. Feliz con la marcha que seguían las cosas, Verónica vió en la dicha del banquero las compensaciones de aquella separación que ella no hubiese solicitado nunca: no sabía mostrarse tan desatenta con Graslin como éste se mostraba repulsivo para ella. Este secreto divorcio la puso triste y alegre á la par; contaba con los goces de la maternidad para dar interés á su vida; pero, á pesar de su mutua resignación, los dos esposos alcanzaron el año 1828 sin haber tenido sucesión.

En este estado de cosas, la señora Graslin, que habitaba una magnífica casa y que era envidiada por todo el pueblo, volvió á verse sumida en la misma soledad que la rodeaba en la cabaña de su padre, con la agravante de que ahora le faltaban la esperanza y las alegrías infantiles de la inocencia. En lo sucesivo vivió en las ruinas de aquellos castillos en el aire que ella se había forjado, iluminada por una triste experiencia, sostenida por su fe religiosa y ocupándose de los pobres del lugar, á quienes colmó de beneficios. Hacía canastillas para los recién nacidos, y daba colchones y sábanas á los que dormían sobre la paja; iba á todas partes se-

guida de su camarera, joven auverñesa que su madre le había procurado, y que se unió á ella en cuerpo y alma, convirtiéndose en virtuosa espía, encargada de descubrir los lugares en que había algún dolor que calmar ó alguna miseria que socorrer. Esta activa benevolencia, unida al más estricto cumplimiento de los deberes religiosos, quedó sumida en profundo misterio, aunque era dirigida por los curas del pueblo, con quienes Verónica se entendía para llevar á cabo sus buenas obras, á fin de que no se perdiese en manos del vicio el dinero útil para aliviar inmerecidas desgracias. Durante esta época se ganó una amistad tan íntima y preciosa como la del anciano Grossetete; llegó á ser la oveja querida de un sacerdote superior, uno de los grandes vicarios de la diócesis, llamado el abate Duthell. Este sacerdote pertenecía á esa mínima porción del clero francés partidaria de algunas concesiones y que tiende á asociar la Iglesia á los intereses populares para hacerla conquistar, por medio de la aplicación de las verdaderas doctrinas evangélicas, su antigua influencia sobre las masas, con cuya influencia podría hacer á éstas partidarias de la monarquía. Fuese porque el abate Duthell hubiese comprendido la imposibilidad de hacer comprender esta verdad á la corte de Roma y al alto clero, ó ya porque hubiese sacrificado sus opiniones á las de sus superiores, permaneció dentro de los límites de la más rigurosa ortodoxia, pues sabía que la sola manifestación de sus principios le cerraría el camino del episcopado. Este eminente sacerdote unia á su gran carácter una gran modestia cristiana. Sin orgullo ni ambición, permanecía en su puesto cumpliendo sus deberes en medio de los peligros. Los liberales del pueblo ignoraban los motivos de su conducta; se apoyaban en sus opiniones y lo consideraban como un patriota, palabra que en el lenguaje católico significa revolucionario. Amado por sus superiores, que no se atrevían á proclamar su mérito, pero temido por sus iguales, que lo observaban, hacia sombra al obispo. Sus virtudes y su saber, envidiados, sin duda, impedían toda persecución; aunque criticaba las torpezas políticas con que el trono y el clero se comprometían mutuamente, era imposible formular quejas contra él; anun-

ciaba de antemano los resultados de dicha política, aunque, como le ocurrió á la pobre Casandra (1) maldita antes y después de la caída de su patria, sus anuncios no daban resultado alguno. A no ser que estallase una revolución, el abate Duthell estaba llamado á permanecer oculto como una de esas piedras escondidas en los cimicentos y sobre las cuales descansa todo el edificio. Reconocían su mérito, pero no le recompensaban, cosa que ocurre á la mayor parte de las almas grandes, cuyo advenimiento al poder causa espanto á las medianías. Si hubiese echado mano de la pluma, como hizo el abate Lamennais, seguramente que hubiese sido desautorizado por la corte de Roma. El abate Duthell era imponente. Su exterior anunciaba una de esas almas profundas y una conciencia clara y recta. Su elevada estatura y sus pocas carnes no perjudicaban al efecto general de sus líneas, que recordaban las que el genio de los pintores españoles empleó tanto para representar á los grandes meditadores monásticos, y las empleadas recientemente por Thorwaldsen para representar á los apóstoles. Las largas arrugas de su rostro, casi rectas y en armonía con las de su vestido, tenían aquella gracia que la Edad media puso de relieve en las estatuas místicas colocadas en los pórticos de las iglesias. La gravedad de sus pensamientos, la de su palabra y la de su acento, armonizaba con la figura del abate Duthell. Al ver sus ojos negros, hundidos por las austeridades y rodeados de anchas ojeras; al ver su frente amarilla como una piedra vieja, y su cabeza y sus manos casi descarnadas, nadie hubiese querido oír más voz ni más máximas que las que salían de su boca. Esta grandeza puramente física, que estaba en armonía con su grandeza moral, daba á este sacerdote algo de altanero, de desdenguado, que quedaba desmentido en seguida por su modestia y su palabra, pero que no prevenía en su favor. En un puesto más elevado, estas ventajas le hubiesen procurado ese ascendiente necesario sobre las masas, ascendiente que éstas dejan tomar solamente á

(1) Una de las hijas de Priamo, que había recibido de Apolo el don de profetizar el porvenir. Como faltó á su palabra el dios, éste se vengó de ella, impidiendo que nadie diese fe á sus predicciones y haciéndola pasar por loca. —(N. del T.)

hombres de grandes dotes; pero los superiores no perdonan nunca á sus inferiores el que éstos estén dotados de exterior de grandeza, ni que desplieguen aquella majestad tan estimada por los antiguos, y que se encuentra á veces en algunos miembros del poder moderno.

Por una de esas rarezas que parecerá natural á los más astutos cortesanos, el otro vicario general, el abate Grancour, hombrecito gordo, de tez fresca y sonrosada, de ojos azules, y cuyas opiniones eran contrarias á las del abate Dutheil, gustaba de su compañía, aunque tenía buen cuidado de no hacer ni decir nada que pudiese dañarle ante el obispo, por quien lo sacrificaba todo. El abate Grancour creía en el mérito de su colega, reconocía su talento, admitía secretamente su doctrina, pero la condenaba públicamente; pues era uno de esos hombres á quienes la superioridad atrae é intimida, que la odian, pero que no por eso dejan de cultivar sus simpatías. «Ese hombre me daría un abrazo al mismo tiempo que firmaría mi condena», decía de él el abate Dutheil. El abate Grancour no tenía amigos ni enemigos, y, por lo tanto, estaba destinado á morir de vicario general. Decía él que frecuentaba la casa de Verónica atraído por el deseo de aconsejar á una persona tan religiosa y benévola, y el obispo aprobó su conducta; pero, en el fondo, lo que más le atraía allí, era el deseo de poder pasar algunas veladas en compañía del abate Dutheil.

Desde esta época, estos dos sacerdotes iban á visitar frecuentemente á Verónica, á fin de hacerle una especie de relato del número de los desgraciados, y de discutir el medio de moralizarlos, al mismo tiempo que se les socorría. Pero el señor Graslin fué apretando cada vez más los cordones de su bolsa al saber, á pesar de las ingeniosas mentiras de su mujer y de Alina, que el dinero que le pedía no era para el servicio de la casa ni para los gastos de su señora. Se puso furioso cuando supo lo que la caridad de su mujer costaba á su caja. Quiso tomarle la cuenta á la cocinera, se ocupó de los más mínimos detalles de los gastos de su casa, y dió pruebas de gran administrador, demostrando prácticamente que su casa podía marchar espléndidamente con

mil escudos. Además convino con su mujer que le entregaría cien francos al mes para sus gastos, tachando este acuerdo de magnificencia real. El jardín de la casa, que estaba completamente abandonado, fué arreglado los domingos por el ayudante de caja, que era aficionado á las flores. Después de haber despedido al jardinero, Graslin convirtió el invernadero en almacén, en donde se depositaron las mercancías que le eran entregadas como prenda de sus préstamos. Dejó morir de hambre á las aves de la gran pajarera construída encima de la nevera, á fin de disminuir el gasto de su alimentación. Finalmente, un invierno que no nevó, le sirvió de pretexto para no pagar en lo sucesivo el transporte de la nieve á la nevera. En 1828 no había gasto superfluo que no hubiese sido suprimido. La mezquindad reinó sin oposición en el palacio Graslin. El rostro del banquero, mejorado durante los tres años que había pasado al lado de su mujer, que le hizo seguir con exactitud las prescripciones médicas, se puso más rojo, más ardiente y más lleno de granos de lo que estaba antes. Los negocios se extendieron de tal modo, que el ayudante de caja fué ascendido á cajero, y hubo necesidad de buscar otro auverñés para que le sustituyese. De este modo ocurrió que, cuatro años después de su casamiento, aquella mujer tan rica no pudo disponer de un escudo. A la avaricia de sus padres, sucedió la avaricia de su marido. La señora Graslin no comprendió la necesidad del dinero hasta el momento en que lo echó de menos para dar cumplimiento á sus obras caritativas.

Al principio del año 1828, Verónica había recobrado la floreciente salud que realizaba en otro tiempo la belleza de la inocente joven sentada á su ventana en su vieja casa de la calle de la Cité; pero á la sazón había adquirido una gran instrucción literaria y sabía pensar y hablar. Sus facciones reflejaban la delicadeza de sus pensamientos. A pesar de no estar acostumbrada al lujo del gran mundo, llevaba, con una gracia infinita, los vestidos de moda. Cuando, por casualidad, en esta época, reaparecía en un salón, se veía rodeada, no sin gran sorpresa, de una especie de respetuosa estimación. Este sentimiento y esta acogida fueron debidos á los dos vicarios generales y al anciano Grossetete. El

obispo y algunas personas influyentes tuvieron conocimiento de la naturaleza de su vida oculta y de las obras benéficas llevadas á cabo por ella; hablaron de aquella flor de piedad verdadera, de aquella violeta perfumada de virtudes, y se había operado entonces en favor de la señorita Graslin una de esas reacciones que, por haber sido preparadas lentamente, tienen más solidez y más duración. Este cambio de la opinión favoreció mucho al salón de Verónica, que desde este año fué frecuentado por las notabilidades del pueblo, y esta reanudación de relaciones se operó de la siguiente manera: Hacia el final de este año, el joven vizconde de Grandville fué enviado en calidad de sustituto á la audiencia de Limoges, precedido de la reputación que acostumbra á crearse siempre en provincias á todos los parisienses. Algunos días después de su llegada, estando en una reunión en casa del prefecto, y como le hubiesen preguntado su opinión, contestó que la mujer más amable, más inteligente y más distinguida del pueblo era la señora Graslin.

—¿Es también, por ventura, la más hermosa?—le preguntó la mujer del recaudador general.

—Después de haberla visto á usted, no me atrevo á afirmarlo,—replicó.—Estoy en la duda. La señora Graslin posee una belleza que no debe inspirarle á usted celos, pues no se muestra nunca á los ojos de todos. La señora Graslin es hermosa para aquellos á quienes ama, y usted lo es para todo el mundo. Cuando el alma de la señora Graslin se pone en movimiento, animada por entusiasmo verdadero, da á su rostro una expresión que le hace cambiar por completo. Su fisonomía es como un paisaje triste en invierno y magnífico en verano. El mundo la verá siempre en invierno. Cuando habla con sus amigos de algún asunto literario ó filosófico, ó se trata con ella de cuestiones religiosas que le interesan, se anima, y muchas veces parece una mujer desconocida y de maravillosa belleza.

Esta declaración, fundada en la observación del fenómeno que tan hermosa ponía á Verónica en otro tiempo al volver del altar, fué muy comentada en Limoges, en donde, por el momento, el nuevo sustituto, á quien, según se decía, se había prometido la plaza de procura-

dor general, desempeñaba el primer papel. En todos los pueblos de provincias, un hombre que se eleva algunas líneas por encima de los demás, pasa á ser, por tiempo más ó menos largo, el objeto de un apasionamiento que se parece al entusiasmo y que engaña al objeto de este culto pasajero. A este capricho social son debidos los genios regionales, cuya falsa superioridad corre de boca en boca. El hombre que las mujeres ponen de moda, es con más frecuencia un extranjero que un hombre del país; pero respecto al vizconde de Grandville, aunque la cosa es rara, sus admiradores no se engañaron. La señora Graslin fué la única con quien el parisiense pudo cambiar sus ideas y sostener una conversación variada. Algunos meses después de su llegada, el sustituto, atraído por el creciente encanto de la conversación y de las maneras de Verónica, propuso al abate Dutheil y á algunos hombres distinguidos del pueblo el organizar una partida de whist en casa de la señora Graslin. Verónica recibió entonces cinco veces por semana, pues quiso reservarse dos días de libertad. Cuando la señora Graslin se vió rodeada de los únicos hombres distinguidos del pueblo, algunas otras personas desearon también formar parte de su sociedad. Verónica admitió en su casa á los tres ó cuatro militares de la guarnición y del estado mayor. La libertad de espíritu de que gozaban sus huéspedes, la discreción absoluta que allí reinaba sin convención y gracias á la adopción de las maneras de la sociedad más elevada, hicieron á Verónica sumamente difícil para la admisión de aquellos que solicitaron con empeño el honor de su compañía. La mujeres del pueblo no vieron sin celos á la señora Graslin rodeada de los hombres más ocurentes y más amables de Limoges; pero su poder fué tanto mayor cuanto más grande fué su reserva; aceptó únicamente á tres ó cuatro señoras extranjeras, llegadas de París con sus maridos, y que tenían horror á la chismografía de provincias. Si alguien, fuera de esta gente elegida, le hacía una visita, por un acuerdo tácito, la conversación cambiaba en seguida, y los contertulios de costumbre no decían más que vulgaridades. El palacio Graslin fué, pues, un oasis en donde las almas superiores podían librarse del aburrimiento de la vida de pro-

vincias; en donde los empleados del gobierno pudieron hablar con franqueza de política sin que se repitiesen sus palabras; en donde se satirizó finamente todo lo que era digno de risa, y en donde todos abandonaban su traje profesional para mostrar su verdadero carácter. De este modo, después de haber sido la muchacha más obscura de Limoges, después de haber sido considerada como nula, fea y estúpida, á principios del año 1828, la señora Graslin fué considerada como la primera persona del pueblo y la más célebre del mundo femenino. Nadie iba á verla por la mañana, pues todos conocían sus costumbres benéficas y la puntualidad con que cumplía sus prácticas religiosas; iba todos los días á la misa primera, á fin de no retrasar el almuerzo de su marido, á quien, aunque no era metódico, quería siempre servir. Graslin había acabado por acostumbrarse á su mujer para estas pepueñeces, no dejó nunca de alabarla, la encontraba perfecta, porque no le pedía nada y le permitía amontonar escudo sobre escudo sin entrometerse para nada en sus negocios, se había puesto en relaciones con la casa Brezac, y navegaba con marcha ascendente y progresiva por el océano comercial. Su sobrecitado interés mantenía su tranquilo y embriagador afán de jugador atento á los acontecimientos del tapete verde de la especulación.

Durante esta época feliz, y hasta principios del año 1829, la señora Graslin alcanzó un grado de belleza verdaderamente extraordinario, cuyas razones no pudieron explicarse nunca. El azul del iris se dilató como una flor y disminuyó el círculo moreno de las pupilas, pareciendo empapado de un lánguido y tierno resplandor lleno de amor. Como una cima al rayar el alba, vieron blanquear su frente iluminada por recuerdos y por pensamientos de dicha, y sus líneas se purificaron gracias á cierto fuego interior. Su rostro perdió aquellos tonos terrosos que anunciaban el principio de una epatitis, enfermedad propia de los temperamentos vigorosos ó de las personas cuya alma padece y cuyas afecciones se ven contrariadas. Sus sienes recobraron una adorable frescura. En una palabra, que muchas veces se veía en ella aquel celestial rostro de Rafael que la enfermedad había ennegrecido, como el tiempo enne-

grece una tela de este gran maestro. Sus manos parecían más blancas, sus hombros recobraron su deliciosa plenitud, y sus graciosos y animados movimientos devolvieron todo su valor á su talle esbelto y flexible. Las mujeres del pueblo la acusaron de que amaba al señor de Grandville, el cual, por otra parte, le hacía una corte asidua, á la que Verónica opuso las barreras de una piadosa resistencia. El sustituto sentía por ella una de esas admiraciones respetuosas que supieron adivinar perfectamente los concurrentes al salón. Los sacerdotes y los hombres distinguidos comprendieron que aquel afecto amoroso del joven magistrado no lograría hacer que la señora Graslin traspasase los límites de la decencia. Cansado de una defensa basada en los sentimientos religiosos, el vizconde de Grandville, á sabiendas de los íntimos de esta sociedad, entabló relaciones con otras mujeres, relaciones que no impidieron que siguiese prestando constante admiración y culto á la hermosa señora de Graslin, pues tal era el calificativo que se le daba en Limoges en el año 1829. Los más perspicaces atribuyeron el cambio de fisonomía que hizo á Verónica tan encantadora para sus amigos, á las secretas delicias que experimenta toda mujer, aun la más religiosa, al verse cortejada, á la satisfacción de vivir en la atmósfera que convenia á su espíritu, al placer de poder cambiar sus ideas, cosa que dispuso el aburrimiento de su vida, y á la dicha de verse rodeada de hombres amables, é instruidos, de verdaderos amigos cuya adhesión crecía de día en día. Acaso hubiesen sido necesarios observadores más profundos aún, más perspicaces, ó más desconfiados que los concurrentes al palacio Graslin, para adivinar la grandeza salvaje y la fuerza de los instintos de artesana que Verónica había sabido retener en el fondo de su alma. Si alguna vez había sido sorprendida en el momento en que era presa del embotamiento producido por una meditación, ó sombría, ó sencillamente pensativa, todos sus amigos sabían que su corazón estaba lleno de tristezas, que aquella misma mañana habría tenido, sin duda, conocimiento de muchos dolores, y que penetraba en sentinas donde los vicios asombraban por su naturalidad. El sustituto, que pasó á ser muy pronto fiscal, le riñó muchas veces por

haber dado dinero que, en lugar de aliviar miserias, había servido para alimentar el crimen, cosas éstas que sabía el señor Grandville, gracias á la naturaleza de su profesión.

—¿Necesita usted dinero para algún pobre?—le preguntaba á veces el anciano Grossetete tendiéndole la mano.—Yo seré, si usted quiere, cómplice de sus obras benéficas.

—Es imposible hacer á todo el mundo rico,—repetía ella exhalando un suspiro.

Al principio de este año ocurrió un acontecimiento que tenía que cambiar por completo la vida interior de Verónica y metamorfosear la magnífica expresión de su fisonomía, haciendo de ella un retrato mil veces más interesante á los ojos de los pintores. Bastante inquieto por su salud, Graslin no quiso continuar habitando el piso bajo (cosa que desesperó á su mujer), y volvió á ocupar su habitación conyugal, en donde se hizo cuidar. Bien pronto se extendió por Limoges la noticia de que la señora Graslin estaba en cinta; y su tristeza, mezclada de alegría, preocupó á sus amigos, los cuales comprendieron que, á pesar de sus virtudes, se había considerado feliz mientras vivió separada de su marido. Sin duda había esperado ella mejor suerte desde el día en que el fiscal le hizo la corte, después de haberse negado á casarse con la heredera más rica de Limoges. Desde entonces, los profundos políticos que, en el intermedio de las partidas de whist, inspeccionaban los sentimientos y la fortuna de cada cual, llegaron á sospechar que el magistrado y la joven, fundándose en el estado enfermizo del banquero, se habían forjado esperanzas y planes que echaba por tierra este acontecimiento. Los profundos trastornos que señalaron este período de la vida de Verónica, las inquietudes que el primer parto causa á las mujeres, el cual, según se dice, ofrece peligro cuando tiene lugar después de la primera juventud, contribuyeron á que sus amigos estuviesen más atentos con ella que nunca, y á que tuviesen para ella finezas que le probaron lo muy vivas y sólidas que eran sus simpatías.

CAPÍTULO II

TASCHERÓN

En este mismo año se presenció en Limoges el terrible espectáculo, á la par que drama singular, del proceso Tascherón, en el cual el joven vizconde de Grandville desplegó el talento que contribuyó á que más tarde le nombrasen fiscal de la audiencia.

Un anciano, que habitaba una casa aislada del arrabal de San Esteban, fué asesinado. Una gran huerta con árboles frutales separa el arrabal de esta casa, separada también del campo por un jardín, al extremo del cual se encuentran antiguos invernáculos abandonados. La orilla del Vienne forma delante de esta habitación un pronunciado declive, que permite ver el río. El corral de esta casa termina en el ribazo, en donde, de trecho en trecho, se levantan pilastras unidas por rejas, más bien como adorno que como defensa, pues los barrotes que las forman son de madera pintada. Este anciano, llamado Pingret, célebre por su avaricia, vivía solo con una criada, aldeana que, además de servirle, le labraba la tierra. Él mismo cuidaba los espaldares, podaba los árboles, recolectaba los frutos y los enviaba á vender á la ciudad, lo mismo que otros productos agrícolas que cultivaba con gran arte. La sobrina de este anciano, que era su única heredera y que estaba casada con un propietario del pueblo llamado Vanneaulx, había rogado muchas veces á su tío que tomase un hombre para que le guardase la casa, demostrándole que no le costaría gran cosa, pues podría aprovecharle para que le trabajase algunos cuadros de la huerta que sólo contenían algún árbol; pero el anciano siempre se había negado á ello. Esta contradicción en un avaro daba materia á muchas conversaciones conjeturables en las casas adonde los Vanneaulx iban á pasar las veladas. Más de una vez las reflexiones más divergentes interrumpieron las partidas del juego. Algunos de los más sagaces sacaron la conclu-